

**ALFONSO COMÍN, UNA VOZ VIGENTE**  
**20 ANIVERSARIO**

**Teresa Pàmies**

Alfonso Comín no es solo una voz vigente a los veinte años de su muerte sino también un compromiso, un enfoque revolucionario de la realidad de su tiempo, realidad vivida antes de teorizarla. Lo que nos ha dejado escrito, recogido en los siete volúmenes editados por la Fundación que lleva su nombre y hoy nos invita a recordarle es una prueba estimulante. Entre los temas sociales y políticos que abordó en su momento, algunos —como el trabajo titulado “El proceso inmigratorio y su función innovadora en la sociedad catalana”, incluido en el segundo volumen con una breve introducción firmada conjuntamente con Juan García Nieto— no podía prever la dimensión y las características de la inmigración en los últimos quince años, que a penas ha empezado, sin encontrar en el ámbito de la izquierda catalana y española equipos equivalentes que analicen, saquen conclusiones y ayuden a darle una perspectiva de progreso. Tal vez intuyó la explosión de la miseria y la rebelión de los parias de África, de Asia y de América Latina, pero Alfonso Comín no podía imaginar que con los inmigrantes del llamado “tercer mundo” también vendrían fugitivos de países del “socialismo real” que al liberarse de un sistema que degeneró en la peor de las dictaduras, que no es la del proletariado, no han sabido o no han podido salvar y desarrollar las muchas conquistas de la Revolución de Octubre.

¿Cómo lo habría explicado Comín?. La inmigración en la que él y su equipo de sociólogos cristianos y marxistas, se implicaron, procedía de zonas españolas menos desarrolladas económicamente pero con vínculos históricos y afectivos en la “sociedad receptora”, expresión que aparece a menudo en el texto de Comín. Las diferencias entre aquella inmigración y la de hoy dificulta su integración. Si fue problemática la de los andaluces, murcianos, gallegos y aragoneses en una sociedad como la catalana, con más motivo lo ha de ser la de los magrebíes, paquistaníes, subsaharianos, filipinos, peruanos o polacos. Su irrupción en el contexto social y cultural de la Cataluña actual plantea una serie de cuestiones que una ley de extranjería —ni que fuera justa, que no lo es— no las puede abarcar. Alfonso, conocedor y defensor de sus reivindicaciones, seguramente lo habría abordado y con su talante indagador de las cuestiones sociales, su estilo riguroso y ameno, habría contribuido a explicar lo esencial en este contexto histórico, que no es el de hace veinte años. Su aportación a la teorización de los conflictos derivados del sistema capitalista enloquecido de codicia y obstinado en permanecer y extenderse hasta el infinito, ha sido pedagógica y exultante, pero murió joven y nos dejó una obra apenas enraizada en su generación, pero en su trabajo sobre la inmigración, meditado y escrito en la década de los sesenta y setenta encontramos pistas que orientan que pueden ayudarnos a configurar, por lo menos, una “sociedad receptora” que facilite la integración de los jóvenes del “tercer mundo” que llegan desde todos los caminos posibles e imposibles, sin plantearse cual puede ser su función en la sociedad receptora porque están motivados por necesidades de supervivencia.

Algunos catalanes, desde posiciones de izquierda y procedentes del humanismo cristiano o ateo, se solidarizan con los nuevos inmigrantes, pero lo hacen con argumentos economicistas y egoístas de una sociedad receptora deficitaria en demografía, en mano de obra para hacer los

trabajos rechazados por los de aquí, los trabajos más duros, sucios, arriesgados y mal retribuidos. Los magrebíes son prolíficos, dicen, las mujeres subsaharianas soportan estoicamente las condiciones más adversas y algunas, incluso afrontan los peligros de la travesía en patera en avanzado estado de gestación, o huyen de un marido, de un padre o de un hermano despóticos, llevándose consigo los hijos pequeños, tal como hemos visto en recientes imágenes en la televisión y la prensa. No es la inmigración de la maleta de madera que desembarcaba en la estación de Francia procedente de territorio español. Alfonso Comín lo valoraba como un fortalecimiento de la clase obrera de Cataluña, como lo demostrarían las acciones de los obreros contra las condiciones impuestas por el régimen franquista, la creación de Comisiones Obreras y su incidencia movilizadora en el mundo de la cultura. Comín valoraba la diversidad compatible con la identidad de cada uno sin renunciar a las propias raíces.

Las condiciones que encuentran los nuevos inmigrantes son peores, en muchos aspectos a la de los años cincuenta y sesenta. La mayoría llegan sin papeles para solicitar la residencia indispensable para empezar. Su desamparo los deja a merced de las mafias que los extorsionan, los engañan y explotan impunemente, creadas, en algunos casos por sus propios compatriotas, con la complicidad de intermediarios corruptos del país receptor. Redes de estafadores que cobran cantidades astronómicas para vender permisos que resultan falsos, contratos de trabajo con empresas fantasmas y bodas de conveniencia con españolas mercenarias, una operación humillante y degradante. Nunca se había traficado como ahora con seres humanos expuestos a la desesperación, a la miseria y a la tiranía globalizadora. Alfonso Comín no lo conoció por consiguiente no lo pudo analizar para proseguir su estudio clarificador empezado con los inmigrantes de la maleta de madera. El conflicto está planteado y requiere algo más que la solidaridad verbal y las buenas intenciones de algunas ONG. En primer lugar requiere un análisis serio que la izquierda de nuestro país no ha hecho, ni antes ni después de la aprobación de la Ley de Extranjería. Es una asignatura pendiente, un reto el cual, Alfonso Comín no habría eludido, pero él no está aquí para ayudarnos a encontrar soluciones políticas al problema, lo cual no nos exime del deber de encontrarlas.